

tra su blanco seno, y murmuró en su oído:  
 —¡Reza por mí!  
 Luego subió con su esposo al carruaje que  
 partió al trote.

---

## CAPITULO XX

**La mano de Dios.--El trabajo.--Para lo que  
 sirven las habilidades.--El ramo de flo-  
 res y la paloma.**

### I

Cinco años después de la boda de Paulina, y en un callejoncillo sin salida situado en uno de los barrios más solitarios de la corte, se veía una casa húmeda, triste é iluminada solamente por dos ventanitas muy bajas y angostas

Conocíase, sin embargo, que aquella casa estaba habitada por una mujer, y por una mujer joven, por cierto no sé que de pudoroso y encantador que sobresalía en medio de su fealdad.

Cubrían los emplomados, pero limpios vidrios de ambas ventanas, unas cortinillas de blanca muselina, cuyos pliegues estaban graciosamente recogidos con lazos de cinta de color de rosa.

En cada antepecho se veía una maceta de ba-

rro fresco y encarnado, ostentando la una una zarzarosa, y la otra un verde y pomposo sándalo.

¡El sándalo!

Yo no sé qué perfume tiene para las almas buenas esta humilde y aromada hierbecilla. Ella crece con preferencia en las casas de los pobres, y en las aldeas de mi país, apénas hay una ventanita que no esté engalanada con una mata de sándalo, plantado en un cajón de madera ó en un tiesto de barro.

Las novias entretejen en sus hermosas trenzas ramitas de sándalo, al ir á recibir la bendición nupcial.

Las muchachas ponen en su seno una hoja de sándalo para averiguar si sus amantes les son fieles en su ausencia; esta hoja debe estar cogida al salir la luna entre los olivares, y si al esconderse ésta detrás del primer árbol la hoja se ha marchitado las pobres jóvenes tienen por cierta la infidelidad de sus novios.

De hojas de sándalo cubren las madres los ataúdes de sus hijos cuando la muerte los arranca de su seno ántes de cumplir el primer año de su vida; y cada hacendado rico del país planta una mata de sándalo el día que nace su primogénito, otra de albahaca cuando nace el segundo hijo, otra de toronjil al venir al mundo el tercero, y otra de mejorana cuando ve la luz el cuarto; si llegan sus hijos al número cinco, vuel-

ve á empezar por el sándalo.

Por eso quizá cuando se pregunta á un muchacho campesino qué edad tiene, contesta sencillamente si cuenta diez años:

—Ya he visto madurarse diez veces las hojas de mi sándalo.

El noble y poético pueblo aragonés ha destinado el sándalo para sus primogénitos, y esta planta significa para él, el amparo de una casa y las esperanzas de una familia. Si muere el primogénito, se arranca la planta, se cubre con las hojas el ataúd y se entierran las raíces en la misma sepultura de aquel cuya vida simbolizaba.

## II

La solitaria callejuela de que he hablado, apénas se veía iluminada por el sol, y jamás frecuentada por persona alguna.

Era tan estrecha, tan aislada, tan insignificante, que ni tenía aceras ni pasaba nunca por sus inmediaciones el carro de la limpieza pública.

De día apénas tenía luz, y por la noche estaba completamente á oscuras, pues el ayuntamiento no habia creído necesario destinarle ni un sólo farol.

Únicamente la luna, esa deidad consoladora que lo mismo alumbraba el dorado palacio que la mísera cabaña, únicamente la luna le enviaba al-

guna vez un tenne rayo, que, pasando por entre los casi unidos tejados, iba á quebrarse en los emplomados vidrios de las dos miserias ventanas de la casita.

Siempre que aquella blanca luz llegaba á ellas, penetraba tambien hasta el interior de la pobre vivienda, como si supiera que su cándido fulgor era un alivio para alguno de sus miseros habitantes.

Eralo, en efecto, para una mujer que iba siempre á colocar su frente cerca de la abierta ventana para que la iluminase la silenciosa luna.

Aquella mujer habia ya pasado la juventud, y entraba en el estío de la vida. En su frente, blanca como la luz que iba á acariciarla, cándida como la de una niña, elevada como la quiere el talento y las grandes pasiones la necesitan, en su frente, digo, leíase ya treinta Añiles, escritos en ella con tristes é imborrables caracteres. Sus grandes ojos parecian de un azul más puro é intenso que nunca. Su semblante, blanco como el lirio de los valles y dulcemente oval, conservaba toda la tersura de su cútis de nácar; pero en los ángulos de su boca se descubria un tristísimo pliegue, reliquia aciaga de amargos días de sufrimientos.

Era Clemencia.

Clemencia, que vivia cinco años hacia entre su padre idiota y su madre ciega. Clemencia, que vestida con su hábito negro de la Soledad, pasa-

ba su vida entre los dos séres que se la habian dado.

Cuatro meses despues del casamiento de Paulina, despertó una mañana la señora de Cervera, pidiendo que abriesen las ventanas, pues estaba á oscuras.

Los criados le contestaron que estaba lleno de sol su aposento y ella empezó á impacientarse llamando á voces á Clemencia; pero ésta, que se hallaba presente y que lloraba en silencio, se abrazó á su madre sollozando y le pidió que tuviese resignacion para la dura prueba que el cielo le enviaba.

—Conque estoy ciega! . . . gritó la anciana torciéndose las manos con desesperacion.

Clemencia no contestó. Hacia ya mucho tiempo que veia llegar aquella desgracia, que veia invadir los ojos de su madre á ese terrible mal, llamado *gota serena*, y habia pasado largos días y eternas noches entregada al llanto y al dolor.

Desde la hora fatal en que la infeliz anciana se cercioró de su desventura, la más espantosa desesperacion se apoderó de ella. Pasaba horas sin cuento sollozando, y cuando sus lágrimas y su aliento se agotaban, un quejido lúgubre y ronco, que sin cesar se escapaba de su pecho, substituia al llanto, con redoblado horror.

La vista de aquella desgracia y los continuos gritos de su esposa, acabaron de postrar el ánimo del coronel que cayó en el más completo si-

lencio, y en la inmovilidad más absoluta.

Al parecer, todos sus sentidos se habían enervado. En vano su hija inventó mil modos de comoverle. En vano echó mano de todos los recursos que en otro tiempo le hacían sentir. Todas sus facultades se habían paralizado. Miraba sin ver: no oía, ni había sonrisa en sus labios, ni llanto en sus ojos.

Entretanto, aquella pobre familia se vio despedida de la casa que ocupaba.

Clemencia no quiso afligir á su madre con esta triste nueva, y tuvo el amargo consuelo de bendecir la pérdida de su vista y el idiotismo de su padre.

Vendió secretamente los mejores muebles de su casa para pagar al casero; buscó la casita más pobre que pudo encontrar, é hizo trasladar á ella lo que les era absolutamente indispensable.

Luégo dijo á su madre que, por querer el dueño para sí la habitación que ocupaban, tenían que mudarse, y le rogó que se dejase trasladar en un coche.

Nada opuso la anciana á las razones de su hija; dejóse manejar con la inmovilidad de la desesperación y el mismo carruaje condujo á su nueva morada á entrambos esposos.

Clemencia iba sentada entre los dos.

Vestida con su negro traje de lana, cubierta la cabeza con una mantilla muy tupida y llorando silenciosamente, se asemejaba á la Virgen de

los Dolores acompañando á su hijo en el camino del Calvario; solamente que aquella pobre criatura acompañaba á sus padres, y no había conocido ninguno de los goces de la maternidad.

No bien se instalaron en la nueva casa, sacó Clemencia de un gran cofre antiguo, que se había reservado, las obras de bordado y de dibujo, que habían divertido sus largas horas de soledad; las entregó á una persona de su confianza para que las vendiese; empleó su importe en procurarse provisiones para algun tiempo y se preparó á trabajar para atender á la subsistencia de sus padres que dependía casi enteramente de ella.

Los míseros ancianos no echaron de ver el cambio verificado en su posición. Sus desgracias les evitaron este dolor, pues la ceguera de la una y el idiotismo del otro, hallaban iguales todas las viviendas.

Pero la señora de Cervera no encontraba tranquilidad durante el día, ni sueño en la noche. Constatamente agitaba sus manos, se revolvía en el sillón ó en el lecho, y murmuraba con ronco y apagado acento:

—¡La mano de Dios!....¡La mano de Dios!....

### III

La vida de Clemencia era en extremo triste é igual.

Las necesidades de sus padres eran tantas, en su fatal estado, que apenas bastaba su renta á cubrir una parte muy pequeña de ellas; por cuya razon se entregaba á un trabajo asiduo y constante para proporcionarles alguna mayor comodidad.

Una criada anciana, que habia servido muchos años en casa de los señores de Cervera, siguió formando parte de la familia; pero Clemencia se reservaba casi exclusivamente el cuidado de sus padres, no queriendo fiarlo á una persona extraña.

En el solitario callejon, que habitaba Clemencia, no habia más que su casa y otra.

Esta última, situada enfrente, estaba habitada por un anciano sacerdote, cuya única familia y sola compañía era una hermana suya, que contaba poca ménos edad que él.

El alma dolorida de Clemencia se hallaba tranquila en aquel silencioso asilo. Para aquella mujer nacida para amar, cuya vida se habia deslizado en medio del abandono y del sufrimiento; para aquella mujer, que, á la imperiosa voz del deber, habia ahogado dentro de su seno su primero y último amor, existia un encanto indefinible en todo lo que fuese triste como su corazon, oscuro como su porvenir, tranquilo como su alma.

Levantábase no bien la primera claridad del dia teñía de una débil luz los cristales de su ventana: vestía á sus padres; les sentaba á cada uno

en un ancho sillón de gutapercha; les daba el almuerzo por su mano, y luego se sentaba á bordar junto á aquellas vidrieras, á través de las cuales apenas se distinguía un pedazo de cielo que se asemejaba á una estrecha cinta azul.

Allí se abismaba en sus meditaciones, en las dulces memorias de su amor perdido, y más de una vez gruesas lágrimas caían mezclándose entre las flores de su bordado.

La imágen del conde no se apartaba de su memoria, y ella le habia hecho un templo de su corazon.

En las grandes pasiones se hallan casi siempre fenómenos extraños, y Clemencia era feliz en lo posible, guardando en el santuario de su alma aquellos breves y dulces recuerdos de los únicos días hermosos de su triste vida.

Muchas veces el duro acento de su madre le sacaba de sus cavilaciones. La desesperacion habia agriado de una manera increíble el carácter de la señora de Cervera, áspero de suyo, sobre todo para Clemencia. Continuamente estaba aquella reconviniéndola. Sin cesar se lamentaba de su suerte, y apenas habia instante en el dia en que no nombrase á su querida hija, á su Paulina, cuya sola compañía podia darle tanta felicidad.

Pero esta hija tan amada, parecia haberse olvidado completamente de sus padres. Durante el primer año de su matrimonio, escribió alguna

vez. En el segundo, apenas lo hizo en tres distintas ocasiones muy lejanas. Después no volvieron á recibir carta suya.

Clemencia sufría con una resignacion de ángel, con una abnegacion heroica, los ultrajes y las imprecaciones de su madre. Consolábala dulcemente cuando se quejaba del abandono de Paulina y no escaseaban los cuidados y las caricias para tranquilizar á su madre.

El pobre idiota conservaba tambien su frágil existencia, merced á los desvelos de su hija. Sólo en presencia de ésta se iluminaba su mirada con una chispa fugaz de inteligencia.

Dios bendecía el trabajo de aquella santa criatura: parecian triplicarse sus esfuerzos, y cada dia brotaban nuevos primores de sus rosados dedos; pero ¡ay! Clemencia no contaba con otra felicidad que con la que proporciona la tranquilidad del alma, pues cuanto ganaba bastaba apenas para cubrir las más precisas necesidades de sus padres.

#### IV

Lo que habia aprendido Clemencia para recrear su solitaria niñez formaba toda su distraccion en la anarga vida que arrastraba hacia cerca de cinco años.

Cuando despues de seis ó siete horas de tra-

bajo se sentaba delante de su piano, que no habia querido vender, y cantaba alguna dulce balada, ó tocaba una de sus sonatas favoritas, olvidaba todas sus penas y su alma se remontaba á más serenas regiones.

Tampoco habia abandonado la pintura, ni el estudio de los idiomas que habia aprendido.

Cuando se sabe hacer del tiempo una distribucion acertada, suple éste para todo y pueden llenarse nuestras obligaciones bien y exactamente, sin que por eso tengamos que renunciar á toda distraccion.

Clemencia era sensible y recta en extremo, y sabia que el deber no es un verdugo; que Dios nos ha concedido horas de trabajo y descanso, y que debemos oponer fortaleza á las desgracias de la vida.

Aquella mujer habia llegado á los treinta años de su vida con la tranquilidad, con la conciencia de la verdadera virtud; pero con el espiritualismo y la pasion inherentes á esta edad, una de las más bellas de las mujeres que han nacido con una organizacion privilegiada.

Y digo de las más bellas, porque al llegar á ella la mujer reúne al desarrollo completo de su imaginacion, la cantidad de dolores y de desengaños que le son suficientes para conocer el mundo y para distinguir lo verdadero de lo falso. Porque á esta edad sabe serlo todo; amante, fiel, buena esposa, excelente hija y amorosa madre.

Sabe dar á la sociedad lo que se merece, y separa perfectamente sus afecciones unas de otras.

Los treinta años son el descanso que hay para la mujer entre las ilusiones de la juventud y las decepciones de la edad madura; porque esta edad es el punto donde se mezclan la risa y el llanto. Donde la coquetería se ostenta en todo su esplendor. Donde el sentimiento llega á su apogeo.

Los treinta años de Clemencia tenían mucho de encantador.

Esta los vió llegar con alegría, porque sólo deseaba que su corazón cesase de latir, y que la calma de los años sucediese á las tempestades de su juventud, tan valerosamente sobrellevadas.

## V

Algunas veces, al ir á recoger en su frente el ténue rayo de luna que iluminaba su ventana, y ver reproducida su efigie en las angostas vidrieras, una sensación penosa agitaba su corazón encontrándose tan graciosa y tan llena de encantos.

Con admiración suya sus ojos no se apagaban y su cabellera conservaba toda su riqueza y su hermosura.

Una mañana, al abrir los cristales, quedó asombrada.

En el antepecho de la ventana había un ramo de violetas, atado con una cinta verde; y al la-

do del ramo aleteaba una paloma blanca, encerrada en una jaula.

Clemencia tomó las flores para aspirar su perfume; mas no bien lo hubo tocado, cayó en su falda un billete que decía así:

“Ya he vuelto Clemencia, y el amor que alimento por usted arde aún en mi corazón; dígame si quiere ser mía, y deje esta noche su carta en el antepecho de la ventana.

“Adios, Clemencia; y que esas flores, emblema de sus gracias, y esa paloma símbolo de su pureza, le recuerden todo mi amor.

EL CONDE DE SANTURCE.”

Clemencia dejó escapar un leve grito al acabar de leer, y cayó sin sentido en el suelo.